

El Judío de Celso impugna el nacimiento de Jesus, comparandolo con las ficciones griegas sobre Dánae, Menalípe, Augéa y Antíope; pero en lugar de valerse de estos cuentos pueriles y ridículos, nos debía poner argumentos serios.

N. 38. Ya que Celso no puede negar los milagros, con que Jesu-Christo se dió á conocer á un número considerable de Discípulos, sostiene, que todos ellos fuéron obrados por magia, y no por virtud divina; que Jesus habia aprendido en Egipto el arte de hacer milagros, y que esto fue lo que lo animó á venderse por un Dios (a).

Las palabras fecundas y omnipotentes: *creced y multiplicad, llenad la tierra y las aguas*; y cuya propagacion es el secreto que se ha reservado para sí solo, pues hasta ahora ha sido el escollo, ó la desesperacion de los mayores Físicos; el Criador, vuelvo á decir, no puede tener necesidad del concurso de sus criaturas, ni estar sujeto á aquellas leyes, que él mismo les ha impuesto.

(a) Notese, que la evidencia y la fuerza de la verdad le arrancan á Celso, como igualmente á Juliano el Apóstata, que son nuestros ma-

yores enemigos, la confesion de los milagros de Jesu-Christo. ¿Y es posible que unos Filósofos tan perspicaces no presintieron las funestas consecuencias, que de esta confesion resultarian contra ellos? Los hubieran indubitavelmente negado, si hubieran podido hacerlo; pero esta confesion decisiva termina ya para siempre toda disputa entre los incrédulos y nosotros.

Unos milagros de un orden superior, como los de Jesu-Christo, el trastorno de las Leyes de la naturaleza, todo esto no puede dexar de

Yo por mi parte confieso, que no comprendo, que un Mágico pueda haber tomado con tanto empeño el inculcar á los hombres, que no pierdan jamás de vista la presencia de Dios, que ha de juzgar todas las acciones de su vida; y que haya formado Discípulos para que predicasen la misma doctrina. ¿Y enseñó tambien Jesus á sus Discípulos el arte de hacer milagros? Si se responde que no, y que sin milagros, y sin el arte de discurrir y de persuadir, que los Griegos enseñan, se pusieron á anunciar y persuadir á todos los Pueblos una nueva doctrina, es el mayor absurdo que se puede decir. Porque ¿de dónde podria venirles el atrevimiento de anunciarla, y de cambiar la faz del universo? Pero si es que hacian milagros, ¿es ni por sueños verisimil, que unos Mágicos despreciasen los peligros mas inmi-

ser obra del divino Autor de la naturaleza. Jesu-Christo con sola una palabra resucitó á los muertos, y se resucitó á sí mismo, para prueba de su Divinidad, como sus Profetas lo habian predicho tantos siglos antes. Luego es Dios; luego su Religion es divina.

¿Y de qué sirve recurrir á no sé qué arte quimérico, á la virtud oculta de algunas voces, á la vana y ridícula cien-

cia de la magia? Porque á esto se reduce el último atrincheramiento de esos Filósofos tan afamados. Pero el mas ínfimo de los fieles, por poco instruido que esté, será bastante para desbaratarlos. ¿Es creíble, que los Demonios hubieran empleado su poder, si es que lo tenían independientemente de Dios, para destruir su propio imperio, y realzar el triunfo de su vencedor?

centes, por establecer una doctrina, que proscriba la magia?

N. 39. 40. y 41. No hay para que nos tomemos el trabajo de responder á las bufonadas, y á las groseras injurias, en que prorrumpe Celso (a); el qual amontona sin orden las objeciones contra varios lugares de nuestro Evangelio. Nosotros nos vemos precisados á seguirle, para refutarlo (b). Comienza impugnando lo que refiere el Evangelio acerca de la venida del Espíritu Santo sobre Jesus, en forma de paloma, y de la voz, que salió de los cielos diciendo: *aquí está mi hijo muy amado.* (Mat. 3.) „¿Quién ha visto, dice Celso, esa paloma? ¿Quién ha oído esa voz?“

N. 42. Facilmente podriamos hacer ver, que hay pocas historias, sin excluir las que se tienen por mas ciertas, que no estén expuestas á mil contradicciones, y que no sea difícil, y aun imposible algunas veces, probar todas sus circunstancias.

N. 43. y 44. Que un Discípulo de Epicuro ó de Demócrito tratase de fabular este prodigio, no habia que admirar; pero Celso no repara, que hace hablar con Jesus á un Judío, y que los Judíos admiten estos prodigios y otros mas increíbles

(a) Creemos que nuestros Lectores nos agradecerán, que pasemos por alto las particularidades de este género, que Orígenes ha conservado. (b) Esta es la causa de la falta de orden, como tambien de las repeticiones, que se notan en nuestro Autor.

todavía. No es este lugar oportuno, para que nos detengamos á dar la razon y explicacion.

N. 45. y 46. Bastará que observemos, que hace muy mal de oponernos un Judío, supuesto que la ley de los Judíos, y la autoridad de sus Profetas nos suministran pruebas sólidas de la divinidad de Jesus. Tambien pudieramos referir en calidad de prueba del prodigio que impugna Celso, los milagros de Jesus, que él mismo no se atreve á negar, y pretende que fueron obrados por medio de los secretos, que Jesus habia aprendido en Egipto. Podiamos alegar tambien los milagros de los Apóstoles de Jesus; los quales, es indubitable, que sin milagros no hubieran podido persuadir á aquellos, á quienes convirtieron, á que renunciáran la Religion de sus padres, y abrazáran una nueva doctrina con peligro de la vida.

Todavía se conservan entre los Christianos algunos restos del Espíritu divino, que descendió sobre Jesus; supuesto que de este Espíritu les viene la virtud de arrojar los demonios, de curar las enfermedades, y de predecir lo por venir. El mismo Espíritu mudó á los hombres mas preocupados contra el Christianismo, hasta el extremo de darles constancia para confesarlo con desprecio de la muerte.

Nosotros mismos hemos sido testigos oculares de otros muchos prodigios en favor de la Religion; y no los referimos por no dar materia á

las bufonadas de los incrédulos. Dios, para quien están abiertos todos los corazones, sabe sin embargo, que estamos muy distantes de recurrir á las ficciones, para establecer la divinidad de la Doctrina Christiana; y que no pretendemos emplear sino pruebas claras é incontestables.

N. 47. Orígenes cita un pasage del libro decimooctavo de las *Antigüedades* de Josefo, el qual atribuye las calamidades de los Judíos á la muerte de Santiago el Justo, hermano de Jesus. Este pasage ya no se halla.

N. 48. En quanto á la venida del Espíritu Santo sobre Jesus, que vió entonces los cielos abiertos, se puede decir lo mismo que acerca de otros pasages de diferentes Profetas, donde tambien se lee, que viéron los cielos abiertos. (*Is. 6. Ezech. 1.*) Nó porque efectivamente se hubieran hendi-do los cielos, y los Profetas los hubieran visto abiertos por este medio; sino que así como entre sueños nos parece que vemos y oímos, aunque verdaderamente ni nuestros ojos ni nuestros oídos perciben tales sensaciones, y todo pasa en nuestra imaginacion; del mismo modo y en el mismo sentido se abrieron los cielos al tiempo del bautismo de Jesus, y los Profetas viéron y oyéron cosas extraordinarias, viéron los cielos, y oyéron al Señor.

Pero el que quisiere profundizar mas, echará de ver en la Escritura un sentido divino, que solamente los Bienaventurados pueden penetrar.

Hallaréts, dice la Escritura, *un sentido divino.* (*Prov. 2.*) Este sentido se divide en muchas especies; la vista, que contempla los objetos elevados sobre los cuerpos, como por exemplo los Querubines y los Serafines; el oído, que percibe varios sonidos, que se forman en el ayre; el gusto, que se saborea con aquel pan vivo venido del cielo, el qual da la vida al mundo; el olfato, que percibe el buen olor de Jesu-Christo, de que habla San Pablo (*2. Cor. 2.*); y el tacto finalmente, como por exemplo, el de Juan, que dice que tocó con sus propias manos al Verbo de vida. (*1. Joan. 1.*) Los Profetas, pues, dotados de este sentido divino, veían, oían, gustaban y percibían de un modo divino, en que ninguna cosa carnal se mezclaba; y solamente así se han de entender los pasages, en que aseguran, que han visto y oído cosas superiores al hombre.

De este modo Isaác percibió el olor divino, que exhalaban las vestiduras de su hijo, y le echó una bendicion enteramente espiritual. *El olor de mi hijo es como el olor de un campo fertil, que el Señor ha bendecido.* (*Gen. 27.*) De este modo Jesus tocaba al Leproso, mas con el espíritu que con el cuerpo; y al mismo tiempo que curaba su cuerpo de una lepra visible, curaba á su alma de una lepra muy distinta. De este modo Juan dixo: *Yo he visto que el Espíritu en forma de paloma descendía, y descansaba sobre él.* De este modo finalmen-

te Pablo fue arrebatado hasta el tercer cielo...
(*Mat. 8. Joan. 1.*)

N. 49. Yo no sé, por qué Celso pasa en silencio el argumento mas poderoso que tenemos para probar la divinidad de Jesu-Christo; un argumento sacado de los Profetas, de Moysés, y de los Profetas anteriores y posteriores. Sin duda creyó, que no podría debilitar un argumento, que todos confiesan generalmente, pues ni los Judíos, ni los Hereges han negado jamás, que Christo hubiera sido predicho. ¿Acaso ignoraba estas Profecías? Porque yo veo, que su Judío se contenta con decir: *Mi Profeta ha predicho, que el Hijo de Dios vendria á Jerusalem, que haria justicia á los hombres religiosos, y que castigaria á los malos.* ¡Qué! ¿Solo un Profeta habló de Christo?

N. 50. Despues, como si nada mas hubieran dicho los Profetas, ó como si no hubiesen referido las circunstancias mas menudas acerca del nacimiento, de la muerte, de la resurreccion, y de los milagros de Christo; añade, insultandonos: *¿Por ventura esa Profecía, que se le aplica á Christo, no se podia aplicar del mismo modo á otros infinitos que han nacido despues?*

Debemos responderle, que hay diversas especies de Profecías tocante á Christo; unas, concebidas enigmáticamente, y encubiertas baxo alegorias; otras, claras y formales: y ya que ese pretendido Judío de Celso dice, que las Profe-

cias, sobre que nosotros nos apoyamos mas, pueden aplicarse á otras mil cosas, será razon que refiramos algunas de ellas. Suplicamos á nuestros Adversarios, que las impugnen, y que nos opongan los mas robustos argumentos que puedan imaginar, para debilitar la fe racional de los Christianos.

N. 51. Esta que sigue es la Profecía acerca del lugar del nacimiento de Christo: *»Y tú, Belén, »casa de Ephrata, nó, no eres la menor de las »mil ciudades de Judá; porque de tí saldrá el que »ha de reynar en Israel: su nacimiento es desde el principio, desde los dias de la eternidad.«* (*Mich. 5.*) No es posible aplicar esta Profecía á ninguno de esos impostores y fanáticos, que exageran que vienen del cielo, en sentir de Celso, á no ser que se pruebe que han nacido en Belén para reynar en Israel.

Si hay alguno, á quien ni este oráculo de Michéas, ni la historia de Jesus escrita por sus Discípulos convenzan, y necesita de otras pruebas del nacimiento de Jesus en Belén; hagase cargo de que todavía se manifiesta en Belén la gruta, donde nació Jesus, y en esta gruta, el pesebre en que fue envuelto en pañales, conforme á la relacion del Evangelio: y es tradicion, (lo que aun los enemigos de nuestra Religion confiesan) que en aquella gruta nació Jesus, objeto de la admiracion y de la adoracion de los Christianos.

Yo me persuado, que antes de la venida de Christo, así los Príncipes de los Sacerdotes, como los Doctores del Pueblo, impelidos de la claridad y evidencia de la Profecía, enseñaban que Christo nacería en Belén; y que esta noticia estaría extendida por toda la Judéa. Así es, que habiendo Herodes consultado acerca de este asunto á los Príncipes de los Sacerdotes, y á los Escribas, respondiéron estos, que Christo debía nacer en Belén, lugar del nacimiento de David. Lo mismo dicen los Judíos en el Evangelio (*Joan. 7.*); pero despues del nacimiento de Christo, los que hacían todos sus esfuerzos para que no se creyese que habia sido predicho, ya no quisieron hablar mas de Belén; en lo qual se manifestaban dignos hermanos de los Sacerdotes y de los Ancianos, que decían á las Guardias del sepulcro de Jesus: *Diréis, que sus Discípulos han venido por la noche, y que han robado su cuerpo mientras dormiais: nosotros tambien persuadirémos lo mismo al Gobernador, si oye hablar de esto, y os pondrémos á cubierto de todo peligro. (Mat. 28.)*

N. 52. Las preocupaciones unidas al espíritu de contradicción, tienen tanta fuerza, que primero que uno se desnude de ellas, combatirá la misma evidencia. Por mucho que el hombre adhiera en general á todas sus habitudes, adhiere todavía mas á las opiniones de que está imbuido. Se sabe sin embargo, quán difícil cosa es persuadir á nadie, á que abandone su casa, su ciu-

dad, su aldea, y las sociedades á que ya se ha acostumbrado. Por esta razon, pues, infinitos Judíos no se dexáron llevar ni de las Profecías que anunciaban á Jesus, ni de los milagros que obró, ni de las circunstancias de su pasión, no obstante que las hallaban escritas en sus libros. Ello es cierto, que el hombre es de tal modo adicto á las preocupaciones, que por absurdos y ridículos que sean los dogmas que ha recibido de sus padres ó de sus conciudadanos, por milagro se ve que abjure de ellos. Y así, primero que á un Egipcio se le persuada, que no mire como á un Dios á un vil animal, ó que coma de su carne, sufrirá la muerte.

Mucho ciertamente nos hemos extendido con motivo de la Profecía sobre Belén; pero nos ha parecido que era necesario, para responder á la objecion que se nos hace. Si los Judíos, nos dicen, eran depositarios de unas Profecías tan claras acerca de Jesus, ¿cómo es, que no creyeron en él, ni se apresuráron por abrazar su doctrina, luego que él se manifestó? Nosotros no tememos que nos tachen de demasiado crédulos, porque los Apologistas de nuestra fe prueban, que está establecida sobre los fundamentos mas sólidos.

N. 53. Y si es que necesitamos de segunda Profecía, que hable manifestamente de Jesus, referirémos la que Moysés dexó por escrito, y que es muchos siglos anterior á Jesus. Jacób, al tiem-

po de expirar, predixo á cada uno de sus hijos todo lo que habia de suceder á sus descendientes, y en particular dixo de Judá: „No faltará Príncipe, ni Cabeza en Judá, hasta que venga aquel, á quien las cosas están reservadas.“

Esta Profecía es mas antigua que Moysés. Algun infiel podrá sospechar sin embargo, que este la supuso, pero aun en tal caso no dexará de admirarse, que Moysés pudiera predecir, que la Tribu de Judá, mas bien que las otras doce, daría Cabezas á toda la Nacion: y de aquí proviene el nombre de Judío, baxo el qual es conocido este pueblo. Tambien el Lector, que sea de buena fe, quedará sorprendido al ver la puntualidad con que esta Profecía señala la época en que habia de finalizar el poder de Judá: *Hasta que venga aquel, á quien las cosas están reservadas, y que será la esperanza de las Naciones (a).* (Gen. 49.)

Christo ha venido en efecto, aquel á quien

(a) Las versiones y los manuscritos varían aquí, y no todos los Santos Padres han leído de un mismo modo este pasage; pero siempre es uno mismo el fondo de la Profecía. *Hasta que venga aquel que debe ser enviado, y á quien las cosas están reservadas. Hasta que las cosas,* que le están reservadas, acontezcan, y él será la esperanza de las Naciones, y las Naciones serán suyas, é irán á él atropelladamente. En todas estas lecciones el Patriarca señala manifestamente, y sin equivocacion al Mesías, esperanza, Cabeza y Salvador de las Naciones.

las cosas estaban reservadas, el Príncipe que Dios habia prometido. Puedo decir, que es evidente, que ni antes ni despues de Christo ha habido hombre alguno, que haya sido como él la esperanza de las Naciones. En todas las Naciones ha habido hombres, que por él han creído en Dios; y las Naciones han puesto su esperanza en él, segun la expresa Profecía de Isaías: *El es quien dixo á los que estaban en los hierros, (no hay quien no arrastre los de sus pecados) salid; y á los que caminaban en las tinieblas de la ignorancia, venid á la luz.* (Isa. 49.) Todo esto habia sido predicho por el mismo Profeta; y el número considerable de los que han creído en Jesu-Christo en todas las partes de la tierra, verificó el oráculo: *Ellos pacerán por todos los caminos: y en todos los caminos hallarán pasto.*

N. 54. Celso, que hace vanidad de que sabe á fondo nuestra doctrina, da en rostro al Salvador, que ni recibió socorro de su Padre, durante su pasion, ni él mismo se socorrió tampoco. Le responderemos, que así la pasion de Christo, como la causa de ella habian sido predichas anticipadamente; y que era esencial para el linage humano, que Christo fuese condenado, macerado á golpes, y muerto por fin alevosamente. Habia sido tambien predicho, que sería conocido aún de los pueblos, donde no habia habido Profetas, y que parecería á los ojos de los hombres baxo la forma mas despreciable.

Reframos las mismas palabras del Profeta:
 «Mi siervo será penetrado de inteligencia, será
 «elevado, subirá al colmo de la gloria; parece-
 «rá sin gloria y abatido á los ojos de los hom-
 «bres; los pueblos se admirarán; los Reyes guar-
 «darán silencio, porque aquellos, á quienes no
 «había sido anunciado, lo verán, y los que no
 «habían oído hablar de él, lo conocerán. Señor,
 «¿quién ha creído en nuestra palabra, y á quién
 «ha sido revelado el brazo del Señor? Y se le-
 «vantará como un renuevo de una tierra árida,
 «que está sin hermosura, y sin resplandor. No-
 «sotros lo hemos visto, y lo hemos desconoci-
 «do; ha sido objeto de desprecio, el último de
 «los hombres, un hombre de dolores, y que sa-
 «be lo que es padecer: él ha tomado verdade-
 «ramente sobre sí nuestras languideces; se ha car-
 «gado con nuestros dolores; se ha visto cubier-
 «to de llagas, y maltratado de golpes por nues-
 «tras iniquidades. El castigo, que nos ha procu-
 «rado la paz, ha recaído sobre él; nosotros he-
 «mos sido curados por sus llagas; nosotros nos
 «habíamos extraviado; él ha sido ofrecido por-
 «que ha querido; ha sido conducido á la muer-
 «te como una oveja, que va á ser degollada; y
 «ha guardado silencio como un cordero en pre-
 «sencia del que lo esquila. Despues de su humi-
 «llacion, su juicio ha sido anulado. ¿Quién re-
 «ferirá su generacion?» (Is. 52. y 53.)

N. 55. Yo me acuerdo que me valí de estas

mismas Profecías en una disputa, que tuve en
 otro tiempo, con ciertos Judíos, que son tenidos
 por los primeros Sábios de la Nacion. Uno de
 ellos me respondió, que debían entenderse del
 pueblo entero perseguido y dispersado entre los
 Gentiles, para convertir una buena porcion de
 estos. Yo les probé, que de ningun modo se po-
 dia aplicar á todo un pueblo lo que manifesta-
 mente se había dicho de un particular, por exem-
 plo, estos pasages: *él lleva nuestros pecados; él se
 ve afligido por nosotros; él ha sido macerado y con-
 denado á muerte por nuestros crímenes; nosotros he-
 mos sido curados por sus llagas.* Es claro, que los
 que hablan de este modo en Isaías son Judíos,
 ó Gentiles, que llegan á verse sanos y libres de
 sus pecados, por medio de los tormentos de su
 Salvador. Principalmente apretaba yo á mis con-
 trarios con este pasage: *él ha sido conducido á la
 muerte, á causa de las iniquidades de mi pueblo.* El
 que ha sido, les decia yo, conducido á la muer-
 te á causa de las iniquidades del pueblo de Dios,
 debe necesariamente ser distinto de este pueblo.
 ¿Y quién puede serlo sino Jesu-Christo, por cu-
 ya pasion hemos sido curados todos los que cree-
 mos en él, y que, *despojando á los Principados y
 á las Potestades, ha sabido triunfar de ellas sobre
 la cruz?* No es este lugar oportuno para expli-
 car mas á la larga esta Profecía.

N. 56. Celso y todos los demás, que no creen
 en Jesus, se han engañado, porque no han sa-

bido, que los Profetas habian predicho dos venidas de Christo: una, en la humillacion y en la flaqueza humana, para enseñar á los hombres, viviendo con ellos, el camino que conduce á Dios, y para que no hubiera pretexto alguno de ignorancia; y otra, en la gloria y resplandor de la Divinidad, sin mezcla alguna de flaqueza humana. Me contentaré con citar aquí un pasage del Salmo 44. en que la Divinidad de Christo se halla descrita del modo mas evidente. »Vuestro trono, dice, ó Dios, es eterno, y vuestro cetro es el cetro de la equidad: vos habeis amado la justicia, y habeis aborrecido la iniquidad: »por tanto, ó Dios, Dios os ha ungido con un unceynte excelente, con preferencia á todos vuestros compañeros.“

Notese, que el Profeta habla á un Dios, cuyo trono es eterno, cuyo cetro es el de la equidad, y que ha sido ungido por Dios, porque amaba la justicia y aborrecia la iniquidad. Con este pasage victorioso llené extraordinariamente de confusiones á un Sábio de los Judíos.

N. 57. El Judío de Celso habla así al Salvador: *Si decis que todos los que nacen por orden de la Providencia, son hijos de Dios, ¿quál es vuestra prerogativa sobre los demás?*

No se puede negar, que Pablo llama hijos de Dios á los que no obran por temor, sino que practican la virtud por sí misma; pero Christo, principio y manantial de esta virtud, es infinitamen-

te superior á los que no son llamados hijos de Dios, sino con relacion á ella. »Vosotros, dice Pablo, no habeis recibido un espíritu de servidumbre y de temor; sino el espíritu de adopcion, en virtud del qual exclamámos, Padre mio.“ (Rom. 8.)

Continúa el Judío de Celso: *Hay muchos hombres, que pretenden, que Jesus cometió la maldad de aplicarse á sí mismo Profecias, que no hacian relacion á él.*

Ignoramos, si Celso ha conocido algunos hombres de estos: sin embargo confesarémos en obsequio de la verdad que profesamos, que antes del nacimiento de Jesus hubo entre los Judíos un cierto Teudas, que se vendia por persona de mucha suposicion; pero apenas murió, desaparecieron inmediatamente todos aquellos, á quienes habia seducido. Despues de este, al tiempo del empadronamiento que se hizo quando nació Jesus, Judas Galiléo atrajo muchos Judíos á su partido, por el atractivo de la novedad, y por un falso exterior de sabiduría; pero apenas tambien sufrió el suplicio que merecia, se extinguió su secta inmediatamente; la qual tampoco habia subsistido sino entre un cortísimo número de gentes de las heces del pueblo. Despues de Jesus, Dositéo de Samaria intentó persuadir á sus conciudadanos, que él era el Christo predicho por Moysés; y con efecto, parece, que lo persuadió á algunos. Pero aquí debe hacerse la aplica-